

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 22 DE SEPTIEMBRE DE 1895

Num 22.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi Víctor Jerez

Co-REDACTORES:

J. Antonio Solórzano Isaías Gamboa

ADMINISTRADOR:

Gustavo M. Medina.

Crónica

La Academia CC. y Bellas LL. dispuso celebrar el día de la patria con una velada lírico-literaria, la noche del 14 del presente, en el Teatro Nacional.

Desde antes de la hora señalada, empezó el leve ruido de la puerta del palco que se abre, seguido de la aparición de pequeños grupos de mujeres bellas. En los cortos intervalos que la impaciencia de los jóvenes dejaba, se percibía apenas el ligero crujir de los vestidos, el cuchicheo de dos beldades que se hablan en secreto para hacer una observación, y el timbre momentáneo de una risa cristalina que iba á estallar y se contiene. Después, el lunetario y los palcos estuvieron llenos, formando éstos en su conjunto, algo así como una guirnalda de flores fragantes y frescas.

Allí estaba todo lo selecto, todo lo admirable, todo lo arrobador. ¿Cuál era más hermosa? cuál más elegante? cuál más distinguida? Era el torneo de los ojos azules, celestiales, con los ojos negros, llenos de misterio; el color de la rosa con el de la azucena y la canela. ¿En qué redes quedaban más almas prisioneras?—¿en los cabellos rubios, con sus hilos de oro, ó en las opulentas cabelleras negras, del color de la noche?

Estaban allí las Sagreras, las Stich y las Drews, rosas en que hallara la brisa mil aromas; Virginia y Gicela Ávila, que tienen sal de Andalucía; Gabriela Castillo, creación del sueño del artista escultor; Julia y Sara Paredos que llevan en los ojos el fuego de las revoluciones de Colombia; María Alarcía, Carlota y Mercedes Bonilla, Sarita López y otras muchas beldades, entre quienes no habría votado el Duque Job, en un concurso de belleza, por dar á todas la victoria; Regina Zimmermann, ante la cual el alma entona un ¡Salve!—hechicera con su boca de gloria y sus ojos divinos en que juega la luz; María Delgado, Hortensia Salazar y Elvira Urrutia, que ensayan al descuido las flechas de sus ojos; y estaba también.....Carmen Gomar, pura como

las visiones que preceden al despertamiento del amor, con sus pupilas húmedas y castas, y su boca de virgen que murmura oraciones, y su frente de diosa....Pero ¿cómo seguir en el número incontable de esas hadas que allí se reunieron, como en noche encantada, ante los ojos atónitos del deslumbrado admirador?

Honraron con su presencia esa fiesta del arte, las principales matronas de la capital.

....Levantóse el telón. Wagner llenó el recinto con sus notas tumultuosas y solemnes, que parecen el estruendo de una catarata ó el rugido de una tempestad. Y luego, entre los aplausos del público, empezó Gavidia á recitar una de esas grandes poesías que sólo él sabe hacer, digna letra para la música de Wagner: era un verso enorme, lleno de viejos recuerdos históricos, que parecía el desfile de generaciones extinguidas, á través de montones de escombros. El presente número de "El Fígaro" se honra con semejante pieza literaria.

Suelto el cabello, como manto de rizos, desnudos los brazos llenos de oyuelos que parecían nidos de amor, sonriendo como la que está segura de su triunfo, María González avanzó hacia el piano, que estalló en un deslumbramiento de música celeste, en una fantasía del admirable *Fausto*, cuya última nota quedó ahogada en medio del aplauso de la concurrencia frenética. Después Carlos A. Imendia, en verso enérgico y con voz vibrante tocó la fibra del amor patrio, que es virtud. Y siguieron las notas de Norma, fantasía ejecutada por Merceditas y Elisa Arriola,—Elisa, ángel sin alas, Ofelia tímida, semejante á una obra primorosa de porcelana sonrosada, que dijo Jorge Isaacs de su María. Román Mayorga Rivas encantó á las damas y á las niñas con su "Conversación Literaria", que hacía sonreír los labios virginales y teñirse las pálidas mejillas de ligeros tintes de rosa; porque el poeta habló sólo de ellas, de esas diosas de todas las edades, cuyos alcázares son almas y que tienen por trono el corazón.

En el terceto con que terminó la primera parte del programa, no estuvo el Sr. don Miguel Call, como se anunció, por haber enfermado; pero en cambio, el inteligente joven Emilio Ferrer se ofreció espontáneamente para suplir aquella falta. La Academia le rinde sus agradecimientos.

En la segunda parte, después de la farándula de "L'Arlesienne", ejecutada por la Banda Marcial, se dejó oír como un preludio lejano, como arpas heridas por el viento de la noche, la música de la *Serenata de Schubert*, y Cordelia Guirola, la beldad que triunfa por doquiera, empezó á recitar.....

¡Oh que dulce canción.....!

Y en su acento había arrullos de tórtola que cantando llora lejos de su nido; su voz era una queja, era un lamento;y allá, como si estuviera muy lejos, en medio del desgrane de los versos, se percibían las notas de la "doliente serenata", triste como la amorosa despedida que empieza con lágrimas y termina en un beso.....

—Por qué es preciso que la dicha acabe?

—Por qué la novia queda en la ventana,

Y á la nota que dice:—"¡Hasta mañana!",

El corazón responde:—"¿quién lo sabe?"

"Hasta mañana, amor!".....

Y en los labios de Cordelia temblaban las palabras, y había en esa dulce melopea

La transparencia nítida del llanto

Y la inmensa tristeza de la vida.

Cesó el rumor; la voz se apagó en la virgínea garganta....Y como un torrente despeñado que arrebatada á su paso cuanto encuentra, el profundo silencio fue interrumpido de improviso por un desbordamiento de aplausos que llenó el recinto....y el teatro tembló! ¡Y el poeta muerto, el amado Gutiérrez Nájera, autor de esos versos inmortales, no escuchó el estruendo estrepitoso de su triunfo; no aspiró el aroma de las flores que un ángel esparcía sobre la losa de su tumba!

Aun duraba la última manifestación de esa especie de locura sublime, cuando se presentó María Zimmermann, elegante y hermosa. Fue al piano, y al impulso de sus rosados dedos, se desprendieron del teclado, para ir á revolotear en el fondo del alma, las deliciosas armonías de una fantasía de *El Trovador*. ¡Gloria á la artista! Después, acompañado por el maestro Drews, el señor don Benjamín Baruch, con voz sonora, cantó una *Aria de Hernani* y una *Romanza*, de Callmebach. La señorita Luz Alegría no tomó parte en la velada por enfermedad.

Nuestro poeta J. Antonio Solórzano recitó su hermosa poesía "El Despertar de la Patria" que obtuvo merecidos aplausos, y el telón cayó.... para alzarse un momento después, y dejar ver el magnífico cuadro de belleza que presentaba la Estudiantina del Colegio Normal de Maestras, compuesta de magas seductoras que roban con sus encantos las miradas, y pueblan de ensueños la mente, al arrullo de las notas que arrancan de la guitarra y del laúd.

La velada terminó entre las aclamaciones de la concurrencia; la Academia no podía celebrar mejor una fecha gloriosa; todo estuvo magnífico; el público quedó complacido.

Después de esta fiesta de la inteligencia, hu-

bo un baile de confianza en el salón alto del Teatro, completándose así el justo regocijo de esa noche de triunfos y alegría.

FÍGARO.

Estancias.

Yo visité las viejas ruinas de Guatemala,
Y al aspirar el hálito que su recinto exhala
Y hollar el polvo histórico que holló el conquistador,
Como el que se aproxima con paso temerario
A sondear los secretos de un trágico santuario,
Sentía el temblor vago de un misterioso horror.

Y cuando allí me hallaba conjurando los manes,—
Como se alzan brumosos sus terribles volcanes,
A cuyo pico, rasga la nube, el huracán,—
La Leyenda abultaba su nocturna silueta;
Y cortaban los tiempos, al paso del poeta,
Las sombras de Alvarado y de Valm-Votám.

¿No oís, allá en la selva, crugir las hojas secas,
O cual si roe el topo su secular raíz?
Pues son los cautelosos ejércitos toltecas;
Y ese ruido es de flechas; de calladas y secas
Pisadas; de los hordas el tácito deslíz.

Allí las tribus muertas con carcaxes de pieles;
Ahullando en son de guerra los bravos kachikeles,
Agitando su hacha de piedra el zutugil;
Y al silbar de sus hondas, hollando los maizales,
Los quichés invasores arrollan torrenciales
Mames y pocomanes, payaquís, tzendales,
Y al lacandón salvaje, y al mercader pipil.

Allí el cacique, triste, con su tiara de pluma,
El dosel de algodones blancos como la espuma,
Vestido con las pieles del jaguar y del puma
Y el manto de cambiantes de pluma de quetzal;
O al són de la melíflua marimba, y del sonoro
Tepenahuaxte; al himno que alza la tribu en coro,
El ojo oblicuo y dulce, sobre el palanquín de oro,
Y en hombros del austero gremio sacerdotal.

Y tú, ídolo moroso, que la fatal natura
Venciste los altares de la alimaña impura
Asaltando la salida de la humana figura,
Noble y sagaz, la larva del artístico ideal;
Oh dios, á cuyas aras nuestros padres oraron,
Piedra que con sus lágrimas nuestras madres mojaron,
Y á cuyo altar postradas, creyeron y esperaron,
Entreviendo en tu símbolo nuestro Dios eternal.

* * *

De pie, conquistadores! vuestro soberbio talle
Proyecta aún su sombra sobre el florido valle
Que huella el ancho casco del férreo palafrén;
La lanza al fondo lívido del cielo se divisa,
En la indómita sangre de los indios rojiza,
Al fulgor de las llamas que á lo lejos se ven:
Es la luz del incendio, la gigante sea pira,
Las vastas hecatombes de una raza que espira,
El choque de dos mundos, el abrazo de ira
Con que el Dogma extrangula nuestro indígena Pan;
Pasad, adelantados, obispos, caballeros,
Brujos é inquisidores, frailes y encomenderos,
Víctimas y verdugos, esclavos y negreros,
Pasad, al rojo incendio de la antigua Utatlán.....

Ya el Dios del Fuego en su honda concavidad lo ha oído....
¿No oís temblar el valle cuando el largo bramido
Conturba de Almolonga la campiña feliz?
Ya escoje el vengativo Numen ofrenda pura,
Y ese, ay! gemido ahogado, lo da la sin ventura,
La soferrada víctima, legendaria Beatrix.

Mas ved: dos nimbos de oro, en las etéreas gasas
Fulguran: uno alumbró tu cabeza, oh Las Casas;
A tus pies se arrodillan benedicientes masas,
Las glebas yucatecas, los indios de Sansur;
El otro, en las sagradas sienas, radiante brilla,
Como lo vió la gente, doblada la rodilla,
Cuando oía, de noche, sonar la campanilla
Buscando á los expósitos, que el manto sin mancilla
Abrigaba.—del santo Pedro de Bontancour.

Oíd! Las callejuelas se iluminan con fuegos
De arcabuz; se entrechocan los sables solariegos
Que esgrimen los dos bandos, Dardones, Mazariegos,
Montescos-Capuletos coloniales, también.
O bien hierven los claustros en piadosa algarada
Que asusta á la nobleza, que conturba á la indiada:
Es que hirió una tonsura con fúrpia bofetada
Y violó una clausura la mano excomulgada

Del gobernador mágico y herbolario, Mayén.

La Colonia! legado terrífico y sublime:
La puerta de la Historia sobre sus goznes gime,
Cuando se abre la puerta del templo secular:
La mano que en sus lozas grabó el rótulo antiguo,
Bajo el dintel barroco y en carácter ambiguo,
Sobre el punzón indocto se mira palpar.

La cima de sus dombos, que á los cielos se lanza
Hizo del pueblo, al cielo, propender la esperanza:
Del rumbo de su flecha volaba la fe en pos:
Sus naves silenciosas cargadas de oraciones
Han llevado á su bordo doce generaciones,
Por el mar de los tiempos hacia el puerto de Dios.

Sus campanas sonando de dolor ó de gloria,
Marcaron los azares de nuestra vieja Historia;
Era su piedra el símbolo de la fe y la verdad;
Sus criptas, como lastre en los sepuleros hueros,
Del macerado monje llevan polvos severos,
Príncipes de la Iglesia y olvidados guerreros,
Y en su ambiente de olvido sopla la eternidad.

Después... en los palacios que alzó el poder de España,
Bajo los viejos arcos resuena en grito extraña,
La Colonia que aclama la santa Libertad;
Y el pueblo aplaude altivo, con sublime iracundia,
Las preces de Delgado, la arenga de Barrundia,
Que pasan sobre el Istmo como una tempestad.

Escuchad. Se oye un paso que desciende de Honduras:
La tiranía ha abierto sus prisiones oscuras;
Tus calles, ciudad, guardan la huella del titán:
El épico fantasma de Pedro de Alvarado,
Inclinóse ante el trágico ciudadanc-soldado,
El genio, el héroe, el mártir Francisco Morazán.

Y sobre aquellas ruinas vi descender la idea.
Como lluvia que apaga la sanguinaria tea,
Caía en el incendio del antiguo rencor.
Como un ángel, traía la palma de la gloria:
Y mostrándome, entonces, las hojas de la historia,
Vi alzarse á Guatemala y alzarse El Salvador.

Y sobre ellos pesaba tu suerte, Centro-América!
Aquí contra los déspotas la protesta colérica;
Allá la ciencia, el beso de la fraternidad;
Aquí el himno guerrero y el canto del progreso:
Allá la Historia, el templo, de la Colonia el
Allá la Poesía, y aquí la Libertad.

Arte, ciencia, armonía! fundid sus corazones!
Ved que es caudal de lágrimas ¡oh pueblos campeones!
El Paz, que vió sus aguas, tanto, en sangre, teñir:
Eteocles y Polínice, nueva raza de atridas,
El Porvenir os dice, naciones fratricidas,
"—Vosotros sois hermanos y no debéis reñir."

Vosotros, los hermanos mayores sobre el Istmo,
Harto os habéis lavado con sangriento bautismo;
Volved la vista al cielo del tranquilo ideal!
Abrazadles borrando sus hazañas mezquinas.
Para que en paz levanten tu grande hogar en ruinas,
Centro-América, Madre, Santa Patria Inmortal.

F. GAVIDIA

Eros

En esos ojos en que se halla oculto
Cupido con las flechas que me hieren,
En ese espejo límpido de tu alma,
Déjame verme.

En esos labios de botón de rosa
En que la abeja del amor se prende,
Una sonrisa para mí que te amo,
Déja que juegue.

¡Oh dulce Reina que el amor me robas
Y que en mi pecho tu palacio tienes,
Dame tus manos, azucenas blancas.....
¡Que yo las bese!

ISAÍAS GAMBOA.

La Serenata de Schubert

(Escrito después de oírse la recitar,
en melopea, á Cordelita Guírola, en
el Nacional, en la noche del 14.)

¡ Oh, qué dulce canción! Límpida brota
esparciendo sus blandas armonías,
y parece que lleva en cada nota
muchas tristezas y ternuras mías.

Así hablara mi alma.....

¡ Oh, inolvidable maestro Gutiérrez Nájera!
¡ Oh, amado desaparecido! ¡ Viajero incógnito
en la región de las sombras! Así habló tu alma
delicada. Así se quejaron tus dolores!..... Así
rueda tu verso, cristalino y leve, en el ambiente
tibio de una noche de estío.

¡ Oh, qué dulce canción!.....

.....Primavera. Noche quieta, perfumada. En
el espacio, bordado de estrellas, florilegio de luz
de una reina-maga, abre su broche de plata, como
un enorme crisantemo, Seléne, la diosa de las tris-
tezas insondables. Y lo llena todo la gloria
melancólica de su luz.

"Y en el aire y en todo primavera"

En el jardín, quietas duermen las rosas, ocul-
tas en la hojarasca protectora. Las mariposas,
como haz de pétalos caídos sobre el césped, sue-
ñan con zambras vistosas y nuevas Serpentinias,
tejidas en el misterio de un claro de sol, en la flo-
resta enmarañada y virgen. Brilla, entre la es-
pesura, en medio á la sombra, una lágrima de oro
que vuela y es: oruga que ronda: don Juan que
acude á una cita. Sobre la copa susurrante de un
fresno, un ruiseñor ensaya una romanza, mientras
unísona, á lo lejos, gime la nota agorera del
buhu.

Noche quieta; noche de luna.

El agua del surtidor se destrenza en silencio.
La nota glauca tiene cabrilleos de terciopelo.
Duermen los gallardos cisnes, con el cuello enar-
cado y la cabeza oculta bajo el ala breve y cándi-
da. Del naranjal cercano se desgrana algo co-
mo un leve rumor de besos esquivos, algo como
batir de alas, algo como esponjar de plumajes.....
Noche de nupcias. Las blancas palomas, duer-
men entre los azahares menudos y los racimos de
naranjas maduras, color de oro.....La nidada quie-
ta, en la tibieza del nido, espera al alba, cuya ba-
tuta guía el concierto jocundo.

Y el balcón, abierto. Y la novia que dentro,
sentada al piano, espera al poeta. Y en el cristal
limpio, entreabierto, riéndose los rayos de plata...

¿ De quién es esa voz? Parece alzarse
junto del lago azul.....

Voz misteriosa.....

Por la ventana abierta, por donde se asoman
inquietos los ensueños de la novia blanca, como
pichones al borde del nido, salta, rueda, ese tro-
pel manso de notas, esa parvada de ritmos que
aletean, que cantan, que gimen, que se pierden

en la espesura, que se van al cielo azul, que se hacen rocío, que se transforman en rosas.....

Schubert! ¡Oh mago! ¡Oh, pálido rey de la armonía! ¡Oh, caballero del país brumoso de la Quimera! Tus notas llevan

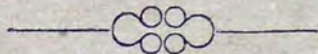
“ muchas tristezas y ternuras mías ”.

Tu música es el poema donde leemos los que llevamos enferma el alma, los que sufrimos, los que vemos como llega la Pálida, cautelosa, envuelta en su manto de nieve, los que hemos visto agostarse las flores de nuestros ensueños y florecer, en el alma, los *cactus* del desencanto y las verbenas de la desilución.

Tu música ¡oh amado Schubert! canta el *réquiem* á las ilusiones muertas. Lleva, solicita la maga triste y fúnebre, flores á las tumbas de esas alondras, muertas al despuntar de la primavera. Y tienen esos labios divinos, besos para las frentes pálidas, caricias para las cabelleras enmarañadas, luz para las pupilas marchitas, que sólo saben ver el orto de una estrella en el cielo negro y hondo.

¡ Ah, Gutiérrez Nájera! ¡ Ah, Schubert! ¡ Cómo vuestras almas se compredieron á través de la distancia! ¡ Cómo vuestros dolores se quejaron de igual modo! ¡ Cómo dejaste, maestro americano, preso en los alambres de la jaula de oro del verso armonioso esa turba de pájaros enfermos, que cantan la balada de las tristezas incurables. ¡ Cómo, maestro del Rhin, melancólico amante de Lorelay, prendiste á los bordones del pentagrama, sartas de fúnebres rosas, collares de violetas melancólicas, como tus notas, como tus tristezas, que lloran la muerte prematura de las ilusiones y el brusco despuntar de un invierno cruel y nebuloso.

CONDE PAÚL



Realismo é idealismo

(Artículo primero.)

ZOLA Y LAMARTINE

Gente habrá, que se asombre de ver juntos esos dos nombres—porque, el ensueño sollozante que trae tristezas dulces, no se compadece, con la visión lúgubre, en cuyo fondo negro, se destaca, la bestia feroz é indomable—la bestia humana.

Y sin embargo, existen lazos fuertes entre ambos ingenios—lazos, que harán pasar siempre unidos los nombres de esos dos soñadores, que por caminos distintos fueron á parar á los brazos de la inevitable quimera.

Fue Lamartine idealista exagerado y también lo es Zola. Sólo que en el primero, la quimera, se quejaba lastimeramente, como enfermo delicado y en el segundo, la queja toma el tono siniestro de los delirantes, presos de extraños fantasmas.

De la tristeza empalagosa de Lamartine, brotaron los seres desconsolados, afeminados, débiles, perdidos en la bruma sonrosada de un ensue-

ño casto y doliente. Lloraban lágrimas perfumadas, y se enjugaban el lindo rostro mujeril con finísimo pañuelo de seda—no alzaban, adementados, el grito de su dolor, sino que se quejaban, con palabras gemidoras y dulces. La risa, no era para sus delgados labios; si no estaban sollozando, tenían la melancólica sonrisa de los condenados á perpetua desdicha.

Pero sobre todo, lloraban. Lloraban á mares, á toda hora del día, en todas partes—en todas las ocasiones; tenían aborrecimiento de muerte á la dicha, porque ésta no les permitía llorar. Joselyn, Graziela, El Picapedrero, Genoveva y hasta los Girondinos, están chorreando lágrimas, como un bosque, después de un día de temporal.

Y como se busque, en las obras de Lamartine, al hombre, no se encuentra; existen allí, maniqués con forma humana, que llevan rótulos con inscripciones parecidas á estas: “ Yo soy un amante desdichado á quien se le ha muerto la novia”, “ Yo soy una enamorada sin esperanza”, “ yo un incrédulo ” &. Y esos maniqués, alzan los brazos, dicen unas cuantas palabras, como si tuvieran un fonógrafo en el estómago, andan, se mueven en fin. Pero sus movimientos no son espontáneos y se nota que el camino que toman, está trazado de antemano.

La tristeza sañuda y espinosa de Zola, engendra monstruos siniestros, extra-humanos, que viven y se mueven en un país lúgubre. Insanos, que hacen muecas abracadabrantas, que blasfeman, que maldicen. La realidad de la vida, no tiene que ver con ellos. Errantes en su maldito país, desnudos, feroces, no llevan como los maniqués de Lamartine, un rótulo que indique quiénes son y qué hacen, pero por su roto cráneo, asoman las diversas partes del cerebro, publicando, con su extraño conformación, que este es adúltero, aquel asesino, el de mas allá ladrón.

El enfermo, que con Lamartine, sollozaba débilmente, metido con Zola en el horno infernal del delirio, cree verdad sus alucinaciones y como tal las anuncia. La tristeza, vuelta desesperación, abandona el llanto, por la blasfemia.

Las lágrimas caídas á tierra, amasaron el lodo impuro, en cuyo seno, se incubaron, las abominables visiones zolaicas.

Pero en resumen todo es uno—lloren ó maldigan, esos tristes seres no son humanos. Y por eso Zola es tan idealista como Lamartine.

La semejanza de Lamartine y Zola se acentúa en la decadencia de cada uno de ellos. Lamartine, en el prólogo á las obras de Musett, declara que exageró la nota llorona y lírica y Zola en un discurso á los estudiantes confiesa que estrechó demasiado el horizonte, con sus teorías.

*

Y bien! Toda la literatura del siglo XIX, está entre Lamartine y Zola—toda ella es pura y completamente idealista.

El delirio lacrimoso de Lamartine, es el un extremo—el otro el delirio tétrico de Zola. El puente que tuvo la literatura para pasar del un extremo al otro, fue el delirio apocalíptico de Hugo.

Se podría, á mi entender, figurar el camino recorrido en este siglo por la literatura, como se figura por medio de curvas, la marcha de la temperatura. La curva esa tendría pocas variaciones—dentro del idealismo ha subido ó bajado mas ó menos. Al realismo nunca ha ascendido.

*

Todo esto, que dejo aquí ligeramente esbozado, va á ser objeto de otros artículos.

Y para curarme en salud, advierto que mis juicios sobre los diversos literatos que mencione, se refieren únicamente á la parte pertinente á mi objeto. Es decir, que solo tomaré en cuenta lo que me sirva, para probar que no ha existido el realismo.

También, quiero advertir con toda sinceridad, que mi juicio sobre Zola y Hugo ha variado completamente. Uno de los primeros artículos que publiqué, fue poniendo en las nubes á Zola y poniendo por los suelos á Hugo.

JOSÉ B. NAVARRO.

—***—

De viaje

Yo he llegado á pensar, en un rato cruel de hastío:

—¿ De qué y para que sirve la vida ?

Y ante esa idea triste, y ante ese mohín de dolor del alma que vive en pleno ensueño, la fantasía, pájaro loco y bagabundo, se ha acurrucado en su nido, escondido la cabecita bajo el ala, y se ha dormido. Y ha surgido esa Musa negra, esa fatídica, esa raciozinadora y terrífica, que agosta rosas y mata ilusiones. Y he pensado. Y después de pensar, me he quedado del mismo modo, con las mismas dudas, las mismas indecisiones y aleteando en los labios esa pregunta fatal que no he podido responderme yo mismo.

—¿ Para que sirve la vida ? ¿ Que es la vida ?
Y bien.....

Teófilo Gauthier consideró al mundo, esta cárcel en que vivimos, reos de un delito que ignoramos, como una feria en la cual estamos de paso. Ah ! Según el maestro, somos mercaderes en la feria humana: estamos de paso no más en el mundo. Esperamos el momento de la partida, por instantes. Vemos repetidas veces y con inquietud el reloj de la sala de espera en la gran estación, que mueve impaciente su pendulo: *trac trac, trac trac*. Tarda el tren ! De seguro ocurre un contra tiempo. Y así estamos. En espera de ese *sprees* que debe sacarnos de esta tierra que ya nos aburre; que debe llevarnos lejos de este bullicio, de este "herbor de colmena" de la ciudad moderna. Estamos de paso. Andamos de *tournee*. Sólo que los que hemos venido juntos nos vamos separados. Uno se va antes que el otro. Unos jóvenes y otros, cuando el negro cabello se ha hecho blanco. No nos esperamos. Y hacemos el trayecto solos, arrinconados en el carro, viendo desfilan paisajes y borrarse rápidamente. Les decimos,

no "¡ adios !", si no "hasta luego", por que hemos de encontrarnos pronto, en esa región lejana; porque volveremos algún día á la tierra que hemos dejado, á la casa abandonada en donde nos esperan; en donde, sobre el velador, ha quedado abierto el último libro que leíamos á la hora en que el tren silvó, llamándonos para principiar este viaje que no termina. Y allá tenemos amigos y allá, tal vez, asomada al balcón entreabierto de la blanca casita, la luz de la luna, entre las macetas floridas y el marco de enredaderas murmurantes, nos esté esperando la novia, la ida, la blanca visión esfumada, como un ensueño azul, en un fondo de sombras.....

Otro consideró la vida como un sueño, y ese también tubo su poco de acierto. "¡ La vida es sueño !" Calderón lo dijo. Pero Calderón fue un buen burgues, un ciudadano pacífico, que vió la vida á través de cristal de sus lentes. Le vió á su modo y bajo el medio en que vivió Hoy, esta vida de *fin del siècle*, no puede ser un sueño. Vivimos de prisa, nerviosos, inquietos. No conocemos lo que también conoció y saboreó el señor don Pedro Calderón de la Barca, el *at home* del buen tiempo de oro; la descansada vida de que habla fay Luis de León. Hoy, no vivimos para nosotros mismos, vivimos para los otros. El Duque Job, en un delicioso artículo lo dijo: "No estamos dentro de casa en pantuflas: estamos de levita". Así. En espera del que va á llegar y listos á despedir cariñosos al que se va. Y luego al café, al *thé dancant*, á la *soirée* regia, á la Cámara, al paseo, á ver los amigos. Vivimos la vida de la calle. Todos nos conocemos y todos nos engañamos. Estamos con el sombrero en la mano y el sobretodo listo, para tomar el primer carruaje que pase, he irnos. El *confort* de casa nos sienta mal. La comida casera, la jugosa carne azada, beefsteack sano, la sopa de verduras tiernas, nos sienta mal; revuelve, enferma nuestro estomago, acostumbrado ya á las rimas de salzas y los madrigales de mantecas del cocinero á la orden. Vivimos mal y nos matamos nosotros mismos: somos nuestros mismos asesinos.

Ah !... ¡ Qué vida tan fastidiosa ! ¡ Qué viaje tan largo !

Y vemos, con ojo inquieto, á cada instante, el reloj de la sala de espera. ¡ Y el tren no llega !

¡ Dios mío ! Qué llegue luego ! Qué suene su campana anunciandome la paz eterna, el descanso feliz ! Qué emprenda, solo, ese viaje á la tierra de promisión, donde se vive para si mismo y no reina esa enfermedad terrible del siglo, ese convencionalismo, ese engañoso bienestar.

ARTURO A. AMBROGI.

El Figaro se distribuirá todos los lunes por la tarde. Las personas que no lo reciban por algún descuido de los repartidores, se servirán darle aviso al señor Administrador, en la oficina de la Dirección de la Imprenta Nacional, 10ª avenida Sur, N° 84—Teléfono N° 27.

Trinitaria

INÉDITA

Esa flor que en tu seno espira en brazos
De una agonía dulce y perfumada,
Entre espumas de encajes y de blondas,
Es feliz; siénte que muriendo te ama;
Bendice su destino, contemplándote,
En un suspiro su ternura exhala,
Se incorpora, y al darte el postrer beso,
Te envuelve en el espíritu de su alma.

Mi amor, menos feliz, no encontró tumba
De tan hermosas y soberbias galas:
Se abrió, como esas flores de los campos
Que destroza, al pasar, planta ignorada,
Y sus hojas, dispersas por el suelo,
Un soplo de las brisas arrebató.
El hubiera su pompa desplegado
En el vaso celeste de tu alma;
Margarita de oro, hermoso lirio,
Violeta azul, botón de rosa blanca.
Y al morir, porque todo pasa ó muere,
Cuando Mayo florece, ríe y canta,
Volaría su espíritu, llevando
Un pensamiento, una caricia casta,
Un latido amoroso de tu seno,
Como un fresco perfume, entre sus alas.

VICENTE ACOSTA



Retrato á la pluma

DOMINGO ESTRADA

Cuando me pongo á pensar en mis amigos y compañeros de letras centro-americanos, y se complace mi alma por la gloria que muchos de ellos reflejan sobre aquella tierra inolvidable y querida, mi memoria, más de una vez, se ha detenido en su vuelo, para acariciar el recuerdo de Domingo Estrada, escritor simpático en quien me parece ver representado el espíritu noble y luminoso de la generación nueva que allá surgió al calor de la libertad y la reforma.

Conocí á Estrada personalmente en las postimerías del año 1879, en Guatemala, la ciudad de su nacimiento, en la época brillante de su vida, cuando se pasaba los días haciendo derroche de ingenio en los periódicos, en la sociedad literaria "El Porvenir", en los círculos de sus amigos, en donde quiera que él llevaba su pluma prestigiosa y fecunda ó su palabra locuaz, encantadora, traviesa, como pocas divertida, rica de primores y donosuras, y á veces, muchas veces, punzadora y cortante con su crítica amablemente burlesca é ingeniosa.

Por sus escritos ya le conocía desde antes; y me había encariñado con él por lo espiritual de su frase, por lo nuevo y noble de sus ideas, por su estilo brillante y sencillo á la vez, por sus decires picarescos é intencionados, en una palabra, por su alma, que á pesar de la risa continua que oía

sonar en los artículos y versos que él producía, se me revelaba muy tierna y dulce, muy apasionada y muy triste.

Desde que le ví, le quise más; y no me senté en error por lo que de su alma me había figurado, con todo y que al hablarme por primera vez fue con la risa estrepitosa en los labios, en un corro de amigos alegres, al parecer olvidado del mundo espiritual en que mi imaginación le tenía viviendo. La mirada lánguida de sus húmedos ojos, como perdida en la contemplación del infinito azul, y el pliego de tristeza de la comisura de sus labios, formaban, en verdad, contraste con su charla jovial; y pude ya adivinar que había en Estrada un espíritu superior, escondido como ave tímida á la cual se la hubiera tomado de las alas para que no volase afuera á desperdiciar el canto.

Había que observarle atentamente para sorprender el secreto de su alma de poeta. En su cara, sin un solo rasgo vulgar, se leían signos explicativos de su verdadero carácter, y en el momento mismo en que de sus labios salían juguetones los chistes y acerados los dardos del ridículo, había en sus pupilas efluvios de ternura, emanaciones de una bondad que él, por extraña aberración ó prematuros desengaños, trataba de disimular, ya que le era imposible negarles salida.

Hallábase entonces Estrada en la aurora de su vida literaria, que coincidió con los albores de la libertad en su patria, en cuya política entró de lleno. Soñador, activo, con el espíritu inquieto y ganoso de espaciarse en el campo de la nueva vida que al favor de la reforma se ofrecía á la sociedad guatemalteca, su naturaleza de artista se modificó un tanto en un ambiente que tan bien se avenía con su ingenio y sus deseos. Le gustaba hacer reír, aunque él estuviera en lo interior llorando; se dió á ridiculizar malas costumbres con frase chistosa; y en tanto que el reformador audaz de su patria echaba abajo, materialmente, el edificio levantado por el fanatismo religioso en treinta años de servidumbre, él ridiculizaba sin piedad la tradición ominosa, hería con la pluma á sus representantes y hacía burlas y juguete de todo aquello y todo aquél que de alguna manera contradecía su credo político de liberal irrestricto ó se oponía á sus ideas nuevas en literatura, ciencias y artes.

Entró en la política en época de revolución y lucha, enamorado de la libertad. Era preciso emplear en el combate todas las armas, y él sabía que las de la inteligencia son las que hieren de muerte, por lo cual esgrimió las suyas, las más poderosas, yendo de aquí á allá con el decir punzante, con la crítica sin misericordia, con la pluma que causaba heridas profundas en el gangrenado cuerpo social, para curarlo, y cuyas cicatrices borraba él con besos. Después de la epístola satírica, producía una rima dulce y consoladora; tras la burla daba el abrazo, y tras la maldición al pasado oprobioso, entonaba el hosanna al porvenir augusto de la democracia.

En esas batallas sociales y políticas, necesariamente tuvo que recibir Estrada los golpes de sus contrarios. No todos sondearon su alma,

pocos le comprendieron, y después de los días aquellos de su labor intelectual en el periodismo y en la cátedra y de su vida social que vivió, como dije al principio, derrochando ingenio, prodigo de gracias y donaires, con el corazón abierto al amor, al patriotismo y á la amistad, le he vuelto á ver, ausentes los dos de nuestra centro-americana tierra, siempre con la mirada lánguida, pero ya no con la sonrisa en los labios, porque le enfermaron el corazón los desengaños.

No se dió nunca ejemplar más cumplido de artista que Domingo Estrada. Siente hondo y fuerte, tiene una imaginación brillantísima y un gusto literario exquisito. Sus artículos de costumbres, los escritos en los comienzos de su carrera, manifiestan apego al clásico estilo español. Este género que con tanto acierto cultivó, lo ha dejado en descuido; pero, lo que escribió, perdurará en la literatura de Centro-América. Después, se ha afiliado á la moderna escuela que en estos momentos está produciendo una revolución literaria en el mundo. Sigue á los naturalistas franceses; y aquí cabe apuntar que Estrada entiende y profesa el sistema nuevo, sin sus viciosas exageraciones, ni sus amargas y desconsoladoras enseñanzas. En un magnífico juicio crítico que acerca de Alfonso Daudet ha escrito, expone las ideas de su credo literario, se afilia á los innovadores y los defiende de los ataques de gente intonsa y asuntadizos moralistas, que han dado en la flor de condenar al naturalismo, sin darse exacta cuenta de lo que esta palabra significa aplicada á la escuela que han sacado victoriosa los predecesores y discípulos de Zola, desde Honorato de Balzac hasta Paul Bourget.

Palpitante de vida es la prosa de Estrada, merced á la riqueza de las ideas y al espíritu nervioso que la extremece y hace sonar como arpa bien templada y sonora. En Estrada se confirma el dicho de Banville, de que el poeta piensa en verso, pues sin sentirlo él, escribe armoniosas las cláusulas de su prosa, con la diferencia de que al hacerlas salir de la pluma, las desembaraza de la miel del consonante, para que corran libres, con más sencillez y más republicana llaneza.

Sus producciones poéticas no llenarían un grueso volumen. El mérito de ellas está en la calidad y no en la cantidad. Son originales, tiernas, filosóficas, nacidas de lo íntimo del corazón. No se encuentran en ellas cosas comunes, y aunque, según el raro decir de Richepín, las ideas son rameras sobadas y asquerosas que á todo el mundo han pertenecido, las ideas de Estrada aparecen vírgenes, frescas, ya porque en realidad lo son, ó ya porque él, con el beso fecundo de su genio, las rejuvenece y purifica.

Quien trate en la intimidad á Estrada, descubrirá en él lo que en la vida real trata de ocultar, su alma, y sus apasionamientos por la belleza en sus diversas manifestaciones.

Le ha hecho mucho daño el mundo de los hombres, se ha refugiado en sí mismo, y allí hay que ir á sorprender los tesoros de su espíritu y de su inteligencia, haciéndose de su confianza y su cariño, para arrancarle algo de lo que para darle

pasto á su alma escribe, artículos y versos que guarda inéditos y que se está acariciando y puliendo como un amante acaricia y pule la mano de su amada, aunque de suyo está muy limpia y perfecta.

Yo le arranqué de su album un artículo sobre Navidad, que escribió ausente de la patria, viendo caer tras los cristales de su ventana, la nieve tenaz y silenciosa. Y ese artículo resultó ser una joya, un poemita tierno, dedicado *Á Ellos.....*, á sus hijos tiernos é inocentes, cuyas cabecitas besaba en sueños en la noche de su nostalgia.

Y le quité de entre las manos, al leérmela, la versión libre que hizo de *Las Campanas* de Edgar A. Poe, que no quería publicar, porque "después de la versión de *El Cuervo* del mismo Poe hecha por nuestro amigo Pérez Bonalde, era una torpe osadía salir con aquello;" y aquello se dió á la estampa, produciendo aplausos de admiración. El mismo Pérez Bonalde me dijo que era obra magistral y envidiable la de Estrada, que él habría querido escribirla, porque superaba en todo y por todo al original del infortunado poeta norteamericano, que no tenía la novedad de la poesía de Estrada, ni los encantos misteriosos de la forma, en que mi amigo había refundido originalidades de la musa inglesa en bellezas nuevas de la musa castellana.

Una poesía más de Estrada que logré obtener de su confianza, fue otra versión libre, *El Resucitado*, de Victor Hugo, en que puso toda la ternura de su alma y todos los primores de su rima. Cogió la idea del poeta francés, como si fuera un ramillete de flores, y la deshizo para hacer un ramillete nuevo. No necesitaba, para su intento, de todas las flores, y no las utilizó por completo, sino que cambió algunas de ellas por otras de su jardín. Eso le pasa á Estrada cuando vierte al español bellezas de poetas extranjeros. Del contacto con ellos brota de su alma la inspiración, y no solo interpreta; sino que también pule, ensancha y crea, y se va por las regiones del espíritu, volando con quienes como él recibieron de Dios el óleo del genio y el don de penetrar en lo infinito de la naturaleza y en lo profundo del corazón humano, fuentes eternas de la poesía única y verdadera.

Estrada, después de algunos años de vivir en los Estados Unidos, se ha ido á París. Allá va á enriquecer más y más su espíritu y á aumentar el rico caudal de sus conocimientos en ciencias y artes. Allá debe también publicar un libro de prosa y verso. En nombre de nuestra patria, Centro-América, yo se lo reclamo, que ella ha menester de que hijos como él, le den gloria y le arrojen flores en el camino difícil que recorre, llena de fe y esperanza, trabajando por realizar sus destinos grandiosos.

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

Washington.

Mirtho

Tú eres la que soñé, graciosa y bella,
tú eres la dulce amada,
encarnación real del sér sublime
que en mis delirios creara
al calor de mi ardiente fantasía.
Tú eres la imagen sideral que flota
en el éter de mi alma,
la que predice mis eternas luchas
y mis fervientes ansias;
el implacable genio de mis dudas,
la estrella que resume mi esperanza,
la musa que me inspira,
la esencia que me embriaga.
En tí he podido contemplar, hermosa,
todo lo bello que habla
al corazón con que te adoro ciego:
la luz de tu mirada
es el toque primer que da á las sombras
el clarear del alba
cuando, triunfante, tras la verde sierra
el terciopelo de lo azul inflama;
tu voz rëmeda el delicioso ritmo
que en el cordaje vibrador del arpa,
es el suspiro que imprimió Beetowen
al dulce idioma que enternece el alma;
tu seno esconde el pétalo fragante
de la azucena voluptuosa y casta,
y es su ondulante movimiento, el vuelo
de la apacible garza.
Tienes tristezas hondas,
y á veces el dolor pone en tus ojos
la cristalina lágrima,
y á veces el desdén pone en tus labios
la sonrisa que mata.....
Mas todo en tí, con mi pasión, bendigo,
porque todo eso tú beldad exalta:
el cielo azul no fuera tan hermoso
sin sus truenos, sus sombras y amenazas,
¿Dónde encontrar la luz si falta sombra?
¿A dónde va el dolor sin la esperanza?
¿Por qué aman la noche las estrellas?
¿Se concibe el placer sin la desgracia?
Óyeme, vida mía, yo te amo
porque en tí encuentre lo que aspira mi alma,
y mi alma aspira la sin par belleza,
y la belleza de tu sér la encanta.....

.....
Dame la gloria de mirarte siempre!
Dame la gloria de llamarte amada!

SALVADOR DÍAS.

A una señorita

Dice Ud. que los poetas no aman, que no pueden, que no deben amar, porque su misión es la de los senzontles, la de los canarios, la de los mirlos; esto es, cantar, trinar, deleitar, ya sea en las agrestes selvas, ya en los jardines florecidos, ó,

ya presos en jaulas de oro, en el alcázar de algún príncipe ó en el palacio de algún creso.

Convengo con Ud. en que los poetas tengan la misión de los pájaros, como que alguien les ha llamado "ruiseñores sin alas;" pero en lo que no estamos de acuerdo es en que no amen....¿por qué nó?—"porque no pueden estar en un punto fijo—dice Ud.—porque se enamoran de cuanto bello encuentran á su paso, y olvidan al sér que tal vez se muere por ellos." Y me cita Ud. á un pobre poeta que le hizo muchos versos y que le decía ternuras que casi la hacían llorar "porque" decía de tal modo....—dice Ud.—que aquello parecía verdad; parecía el más grande y el más dulce de los enamorados....y se alejó de mi ciudad natal, les fue á cantar á otras, y....no lo volví á ver más. Dicen que murió no sé donde" Pues bien, ese infortunado poeta, que fue mi amigo, ¿sabe Ud. si en sus horas amargas, allá, en su cuartito, á solas, pronunciaba su nombre entre sollozos y suspiros? ¿sabe, acaso, si el último pensamiento, no fue para Ud.? El destino es muy ingrato, las más veces, con las almas grandes; esa es la causa de que algunos poetas vaguen como pájaros sin nido.....

—"Son como las mariposas, como los gorriones, como las libélulas, que andan de flor, en flor, sin fijarse en ninguna. Así son los poetas: les cantan á todas y no aman á ninguna." Esto dice Ud. en apoyo de su tesis. Yo le digo que los gorriones, las mariposas y las libélulas, aman también, como los poetas: los gorriones van de flor en flor, perfumando sus piquitos, para que la amada encuentre sus besos embriagadores y dulces: las flores no son más que amigas; la amada es la gorrioncita que le espera entre el follaje de los limoneros: y esto hacen también las mariposas y las libélulas.

...Y los canarios? y los senzontles? y los mirlos? ¿no ha visto Ud. morir de tristeza alguna vez á un pajarito de éstos, cuando le arrancan la compañera, cuando le quitan la esposa, la amada? De Ud. misma; ¿no se ha enamorado, acaso, algún canario, que gustaba de darle besos y que se entristecía cuando Ud. no le hablaba?

Ya ve Ud. cómo los poetas, los pájaros y las mariposas pueden amar y aman, porque son todo alma, todo amor.

J. ANTONIO SOLÓRZANO.

Pétalo suelto

"Lo azul es lo insondable y lo infinito
así una balada;
Son azules los cielos, y los mares
Ese azul lo retratan en sus aguas.
De ahí el azul-marino que la moda
sabe elegir con gracia,
para la veste de las niñas rubias
de ojos serenos y de faz nevada.

R. MAYORGA RIVAS.

Imprenta Nacional.